

Dos intentos de suicidio

Dos piezas en un acto

CORAZÓN DEMEDIADO.

GENTE: ANTONIO y JULIA

TIEMPO: Hoy. Noche.

LUGAR: *La pequeña antecámara de un cuarto de recuperación en un sanatorio caro. La puerta de la derecha da a un pasillo de entrada; la de la izquierda al cuarto mismo. Un terno, un revistero con revistas, ceniceros, extensión telefónica. Una o dos pequeñas reproducciones anodinas sobre las paredes.*

Cuando la puerta de la izquierda está abierta podemos ver parte del pie de una cama reclinable y algún otro mueble para las visitas.

Al comenzar la obra, ANTONIO está cerrando la puerta de entrada con enorme cuidado. Mira la del cuarto, que está entreabierta. Deja sobre un mueble el impermeable que trae en las manos. Se frota los ojos. Resulta evidente el cansancio emotivo que le han dejado las últimas horas.

Vacila entre sentarse o volver a salir al pasillo. Finalmente se dirige al cuarto que está a una media luz de reposo nocturno. A través de la puerta lo vemos aproximarse a la cama y mirar a la persona que ahí yace.

Una pausa.

Vemos moverse el picaporte de la puerta que da al pasillo con cuidado y con el mismo cuidado abrirse la puerta y asomar la cabeza de JULIA. Está perfectamente arreglada; pero en sus ojos hay angustia. Desde donde está no puede ver a ANTONIO, por tanto se anima a entrar. Cierra tras sí la puerta con el mismo cuidado con que la abrió. Trae impermeable y un paraguas goteante.

ANTONIO siente su entrada y se asoma sin salir del cuarto. Se miran. Él oculta una reacción de enfado y vuelve a mirar a quien está en la cama, ganando tiempo.

JULIA respira con profundidad para eliminar un poco de la tensión que tiene y busca un rincón donde dejar el paraguas. Comienza a desabotonarse el impermeable.

ANTONIO, tenso, decide salir al encuentro de JULIA. Cierra con cuidado la puerta de comunicación con el cuarto.

JULIA: ¿Cómo está?

ANTONIO (*Después de buscarse en los bolsillos encuentra finalmente los cigarrillos y el encendedor*): ¿Para qué viniste? Te dije que no vinieras.

JULIA: ¿Intentaste llamarme?

ANTONIO: Todavía no; mi suegra se acaba de ir. ¿No la viste? vino con Esteban.

JULIA: No. Sí; sí los vi; pero ellos a mí no... creo. ¿Habría importado?

ANTONIO (*Sin ganas de discutir*): No sé (*Pausa*). Yo qué sé.

JULIA: Dolores está bien, entonces. Dame un cigarro. No; no quiero de los tuyos; creo que yo traigo. (*Los busca en su bolso de mano*). ¿Está bien?

ANTONIO: Está bien. Va a estar bien. Le hicieron un lavado. Parece ser que mi suegra llegó justo a tiempo.

JULIA: ¿Está dormida?

ANTONIO: Ahora está dormida.

Haciendo tiempo deliberadamente, JULIA saca un cigarrillo como si seleccionara el que mejor le conviene fumarse en este momento. ANTONIO la espera con el encendedor en la mano.

JULIA (*Se lleva el cigarrillo a la boca; pero antes de encender, dice*): ¿Leíste la carta?

ANTONIO: No.

JULIA: ¿Por qué?

ANTONIO: No sé. Estuve a punto de romperla hace un momento.

JULIA (*Enciende finalmente*): ¿Y qué caso tendría? De todas maneras te vas a enterar del contenido, porque ella te lo va a decir.

ANTONIO: Sí. (*Pausa*). En fin, tal vez sea mejor esperar a que ella me lo diga.

JULIA: ¿Y que te tomen desprevenido sus argumentos?

ANTONIO (*Atormentado, se pasa una mano por el pelo*): Yo no creo que en esa carta me dé ningunos argumentos de

nada. (*Vacila antes de decir lo siguiente.*) Se limitará a decir que prefiere quitarse de enmedio y dejarnos así el campo libre a ti y a mí. ¿Qué otra cosa?

JULIA (*Pequeña risa tensa*): Si te escuchara, volvería a intentar el suicidio.

ANTONIO (*Molesto*): ¿Por qué?

JULIA: ¡Qué ingenuo eres!

ANTONIO: ¿Por qué?

JULIA: El único propósito de Dolores al decidirse por el intento de suicidio fue el de hacerte leer una carta póstuma. Si llega a enterarse que estuviste a punto de romperla sin enterarte del contenido, se muere. O te mata a ti. Yo te mataría.

ANTONIO: ¿Sí?

JULIA (*Lo mira*): No. Porque en primer lugar yo no soy de las que recurren al intento de suicidio como forma de presión.

ANTONIO (*Después de mirarla un momento*): ¿Por qué estás tan enojada? Si quieres enterarte del contenido de la carta, ahí está, en la bolsa de mi impermeable.

JULIA: A mí me da lo mismo. (*Un silencio tenso.*)

ANTONIO: ¿Estoy entendiendo que piensas que Dolores no intentó quitarse la vida seriamente?

JULIA (*Un momento para pensar su respuesta*): ¿Tú qué crees?

ANTONIO: Para serte sincero, a mí no se me había ocurrido esa posibilidad.

JULIA: ¡Ay, Antonio, por favor, hay un porcentaje tan grande de intentos de suicidio que no son más que un chantaje! Es una forma desesperada de presión para obtener algo.

ANTONIO: Pues hay que estar muy desesperado para hacerlo.

JULIA: ¿Por el riesgo que se corre?

ANTONIO: Pues sí.

JULIA: Si hubieras interrogado debidamente a tu suegra, habrías averiguado que Dolores se aseguró muy bien de su visita esta tarde, antes de tomar los somníferos.

ANTONIO (*Después de una pausa*): No lo sé; me pareció entender que la visita de mi suegra esta tarde fue casual.

JULIA: Pudiera ser; pero no lo creo. (*Lo mira un momento.*) ¿Te estás sintiendo terriblemente culpable?

ANTONIO: ¿Tú no? (*JULIA, sin contestar, aparta la mirada.*) ¿Te habrías alegrado con su muerte?

JULIA (*Lo mira*): ¿Qué clase de pregunta es ésta, Antonio? ¿Eh?

ANTONIO: Quisiera saberlo. Nada más.

JULIA (*Después de pensarlo*): Dolores es mi amiga. Ha sido mi mejor amiga por muchos años. El cariño que nos tenemos; ¡pero eso tú lo sabes perfectamente, ¿qué te estoy diciendo?!

ANTONIO: ¿Y en ningún momento de nuestra relación te has sentido culpable, Julia? ¿Cómo le haces?

JULIA: Ahí está tu tema favorito otra vez. ¡Tienes una mente tan mórbida!

ANTONIO: Eso dices; pero ¿cómo le haces?

JULIA (*Enfadada*): No sé. No sé cómo le hago; pero me las

arreglo de alguna manera. (*Lo mira escrutadoramente un momento.*) ¿Por qué? ¿Qué es lo que te dice en la carta?

ANTONIO: Que no la he leído.

JULIA: ¿De veras?

ANTONIO: Inspecciónala, si quieres. Todavía está cerrada.

JULIA: ¿Entonces?

ANTONIO: ¿Qué? ¿De qué estás hablando?

JULIA (*Está a punto de contestar airadamente; pero se reprime. Suspira*): ¡Dios mío!

Quedan un momento en silencio, ensimismados.

JULIA, de pronto resuelta, toma el impermeable que se ha quitado al principio de la obra.

ANTONIO: ¿Ya te vas?

JULIA: Sí. (*Pero se queda con el impermeable en las manos, inmóvil.*) Antonio. (*Se detiene; tiene seca la boca.*)

ANTONIO: No te vayas, ven. (*Le tiende una mano.*)

JULIA (*Sin atender al gesto de ANTONIO*): Tú no querías que viniera. No debí venir.

ANTONIO: Ven acá. (*JULIA obedece con cierta renuencia.*) No hay que pelearnos.

JULIA: No.

ANTONIO: No quería que vinieras para no complicar más las cosas. No hubiéramos sabido cómo explicarle tu presencia a mi suegra y a mi cuñado.

JULIA: Soy amiga de Dolores, ¿no?

ANTONIO: ¿Y quién te dio aviso de lo sucedido?

JULIA: Tú. ¿Qué hubiera tenido de particular?

ANTONIO: Convinimos en no dar aviso a nadie; en mantener el asunto en un secreto absoluto... como es natural.

JULIA: Sí, sí; tienes razón; fue muy imprudente de mi parte haber venido. Pero es que pensé que no me ibas a llamar... y yo no hubiera podido pegar los ojos en toda la noche.

ANTONIO: Yo te iba a llamar.

Se abrazan. Se besan.

JULIA: De pronto me ha entrado un miedo horrible. (*Está a punto de decir "de perderte"; pero se reprime.*)

ANTONIO: ¿De qué?

JULIA: No sé. Todo esto. ¿Qué vamos a hacer tu y yo ahora? (*ANTONIO guarda silencio.*) ¿Lo ves?

ANTONIO: ¿Qué? (*JULIA no puede retener más tiempo el llanto.*) ¿Qué? ¿Qué tienes?

JULIA (*Haciendo infructuosos esfuerzos por reprimir el llanto*): Antonio, es que... ¡Por Dios, ¿no lo ves?!

ANTONIO (*Alarmado*): ¡Cálmate!

JULIA (*Logra finalmente reprimir el llanto*): ¿Tienes pañuelo?

ANTONIO (*Se busca*): Creo que sí. (*Lo encuentra; se lo da;* JULIA *se limpia.*) ¿Qué sucede?

JULIA: Va a ser... difícil... que tú y yo sigamos ahora. ¡Muy difícil!

ANTONIO (*La acaricia*): ¿Por qué?

JULIA: ¿Cómo por qué? Dolores acaba de dar con la mejor forma de intimidarnos.

ANTONIO: No. Simplemente habrá que tener más cuidado... en adelante.

JULIA: ¿Qué tanto? ¿Vernos con menos frecuencia? ¿Dejar de vernos? (ANTONIO *guarda silencio. Se aparta de ella.*) ¿Qué piensas decirle a Dolores? ¿Que se olvide de lo que le dijiste? (*Espera inútilmente la respuesta de ANTONIO.*) ¿Que lo has pensado mejor y has decidido conservar el matrimonio?... ¿eh?

ANTONIO (*Pálido, la enfrenta*): Julia, es que... nunca le dije nada a Dolores. *Nunca le dije nada. (La mira lastimosamente.)* ¡No pude...! No sé. (*Casi llora de autodesprecio. Separa la mirada. JULIA lo mira sin pestañear. Pausa. ANTONIO vuelve a mirarla.*) Cada vez que intenté abordar el asunto... ella... me miraba tan segura, tan confiada, que... no pude. No pude reunir el valor necesario para decírselo. (*Se pasa las manos por la cara.*) Por mí no lo sabe. Por mí no supo absolutamente nada. (*La mira de frente.*) Y a ti te mentí; te dije que ya se lo había dicho porque... me daba miedo perderte. (*Pequeña pausa.*) No pareces estar asombrada.

JULIA: No.

ANTONIO: Me desprecias.

JULIA (*Débilmente*): No.

ANTONIO: A mí, en este momento, me avergüenza mi propia debilidad.

JULIA: No es debilidad. (ANTONIO *la ve interrogativamente.*) No se lo dijiste, porque no quisiste decírselo.

ANTONIO: No, no sé a qué te refieres.

JULIA (*En un inútil esfuerzo por sofocar la indignación que la va invadiendo*): Lo único que no me explico es por qué me mentiste. Para qué. Si en ese momento, ¿cuándo fue?, ¿hace una semana?, me hubieras dicho que todavía amabas a Dolores y que no querías separarte de ella ...¡Por Dios! ¡esto no habría ocurrido!

ANTONIO: Baja la voz.

JULIA (*Avergonzada*): Sí. (*Una pausa.*) En ese momento, yo me habría retirado calladamente. ¿Quién piensas que soy? ¿Crees que no habría comprendido?, ¿Que no lo habría aceptado? ¿Te crees que a mí me gusta andar rompiendo matrimonios? ¡Por Dios...! ¿Qué pensaste?

ANTONIO (*Después de un momento*): Lo único que pensé es que no quería perderte.

JULIA (*Indignada*): ¿Qué no querías...?! (*Se reprime.*) Trata de explicarme eso, porque no lo entiendo.

ANTONIO: No; no lo entiendes. Sabía que no lo entenderías. Por eso mentí.

JULIA: ¿Y por qué decides tú por tu cuenta lo que voy a entender y no voy a entender?

ANTONIO (*Enojándose*): ¡Está bien! ¡A ver si lo entiendes! ¡Si yo te hubiera dicho simplemente que no quería separarme de Dolores, tú lo habrías tomado automáticamente como un rechazo a ti porque...

JULIA: ¡Un momento!

ANTONIO: ... dentro de tu cabeza, lo que no es blanco es negro!

JULIA: Espérate; dame la oportunidad de tratar de entender-te. (*Se miran con miradas intensas, exaltadas, casi amenazantes.*) ¿Lo que me estás queriendo decir es que lo que a ti te gustaría es que siguiéramos eternamente en la situación en que hemos estado?, ¿manteniendo una relación pública, lícita, con Dolores y otra clandestina conmigo?

ANTONIO (*Tratando de ocultar su enfado*): No.

JULIA (*Impaciente*): ¿Entonces?

ANTONIO: Pones las cosas de una manera...

JULIA: ¿Cómo?

ANTONIO: Como llamar *clandestina* la relación que tú y yo hemos tenido.

JULIA (*Después de un momento de mirarlo*): ¿Cómo la llamarías tú?

ANTONIO: Una relación maravillosa, por principio de cuentas.

JULIA: Pero clandestina.

ANTONIO: ¿Lo ves?

JULIA: ¿Y por qué le vamos a tener ahora miedo a las palabras? Estamos de acuerdo: la nuestra ha sido una relación maravillosa; pero clandestina.

ANTONIO: Es que la palabra *clandestina* tiene ciertas implicaciones delictuosas que me molestan y que no considero que sean estrictamente ciertas. Yo preferiría llamar a lo nuestro una relación secreta. Nada más.

JULIA: Como quieras. Pero ya no es secreta. Dolores está enterada. Por lo tanto lo único que sigue siendo hasta el momento es clandestina.

ANTONIO: ¿Cómo sabes que Dolores ya está enterada? (JULIA *guarda silencio.*) Estamos partiendo de una mera suposición. No hemos leído la carta.

JULIA (*Con voz ronca*): Es una suposición lógica, sin embargo.

ANTONIO: Parece lógica. Parece.

JULIA (*Lo mira, esperando que prosiga; pero ANTONIO está vacilante*): ¿Qué hay?

ANTONIO: Hay algo que no te he dicho.

JULIA: ¿Algo más? Esta noche te estás sacando de la manga una lista interminable de confesiones siniestras.

ANTONIO (*Ofendido*): Bueno, entonces no te digo nada.

JULIA (*Después de una pequeña pausa*): A ver, anonádame pues; no importa. Lo bueno de estar en un sanatorio es que se recibe atención médica inmediata. ¿Qué es?

ANTONIO (*Renuente*): El reciente viaje de Dolores a los Estados Unidos...

JULIA: ¿Qué?

ANTONIO (*Con evidente dificultad*): Fue a hacerse un chequeo... muy completo, muy minucioso... de sus... órganos... reproductores y... le dijeron que es prácticamente imposible que conciba. Que es muy difícil, en todo caso. Le expusieron varias alternativas que... le parecieron a cual más humillantes. Ha estado terriblemente deprimida.

JULIA (*Después de una pausa larga*): Y... ¿por qué no me lo di-



ANTONIO *no contesta, tiene la mirada baja.* JULIA *lo mira. Mira a otro lugar. Y poco a poco, muy poco a poco, se va calmando.*

JULIA: ¡Dios mío, Antonio, perdóname! No te he dejado explicarte. Me pongo a hablar y no te dejo. Perdóname.

ANTONIO (*La mira*): Está bien; tenías que desahogarte. (*Se miran en silencio.*)

JULIA: ¿No dices nada?

ANTONIO: Estoy ordenando las cosas. Tú te sientes engañada por mí; pero te sientes engañada más allá de las palabras. Te sientes traicionada como... como si estuvieras descubriendo que nunca te he querido. Quiero decir que, mentalmente, estás comenzando a manejar la idea de que te he estado utilizando sexualmente, sin haber sentido por ti el menor tipo de afecto.

JULIA: No; no eso precisamente.

ANTONIO (*Tranquilo, pero autoritario*): ¿Me vas a dejar hablar?

JULIA (*Avergonzada*): Sí.

ANTONIO (*Una pequeña pausa*): Interrumpiste porque mi suposición te parece exagerada, extrema; pero básicamente cierta, ¿no? (*Sin dejarla contestar, sigue*): Déjame decirte sin embargo, Julia, que aunque no puedo negar que siento por ti una enorme, inagotable atracción física, tú *sabes*, porque lo sabes muy bien, en cuántos sentidos más me eres indispensable. Sabes que mi amor por ti es un sentimiento total no por todas las veces que te lo he dicho, sino porque lo sabes. Porque mi amor está ahí como algo evidente, palpable, de lo que no te puede caber la menor duda. ¿O sí?

JULIA (*Cabizbaja*): No.

ANTONIO (*Suave, ahora*): ¿Porqué te revuelves de esa manera, entonces?

JULIA (*Lo mira*): Porque no te entiendo.

ANTONIO: No entiendes ¿qué? ¿Que te haya ocultado las expectativas maternas de Dolores?

JULIA: Que hubieras alimentado esas expectativas, cuando tú y yo hablamos de...

ANTONIO: En resumidas cuentas, que te hubiera dicho que sí, que estaba dispuesto a pedirle el divorcio a Dolores cuando, en realidad no quería hacerlo.

JULIA: Si te parece que el problema está mejor planteado en esa forma...

ANTONIO: Estamos pues de acuerdo en que el amor que te tengo no es lo que está a discusión...

JULIA (*Sobresaltada*): Un momento...

ANTONIO (*Sin dejarse interrumpir*): ... sino el que siento o no siento por Dolores. (*Ante el silencio estupefacto de JULIA.*) ¿No es así?

JULIA (*Aterrada*): ¿Qué es lo que... sientes por Dolores?

ANTONIO: Lo mismo que tú.

JULIA (*Inicia una protesta violenta*): ¡Ah, no!

ANTONIO (*Atajándola*): Hace un momento te pregunté si te habrías alegrado con su muerte y te ofendiste ante la duda. "Dolores es mi mejor amiga, el cariño que nos hemos tenido", me dijiste.

jiste? ¿Por qué no me dijiste que había ido a Estados Unidos?

ANTONIO: ¿No resulta obvio?

JULIA: No.

ANTONIO: Si yo te había prometido a ti pedirle el divorcio a Dolores, contarte que ella estaba buscando quedar embarazada y que yo no estaba haciendo nada para impedirselo, iba a parecer a tus ojos un comportamiento por demás engañoso de mi parte.

JULIA (*Apabullada*): Sí, claro. ¿Y ella? ¿Por qué tampoco Dolores me dijo nada?

ANTONIO: Porque yo le dije que era mejor que lo mantuviera en secreto. Su madre, por supuesto, sí está al tanto y le atribuye el intento de suicidio a... a eso, naturalmente. (*Está mirando a otro lado. Pausa.*)

JULIA: ¿Te das cuenta que lo que has estado haciendo conmigo es espantoso, Antonio?

ANTONIO: Sí. No sé.

JULIA: ¡Dios mío, y yo pensé que te conocía! ¡No puedo ni respirar!

ANTONIO: Perdóname.

JULIA (*Ríe con amargura*): ¡Así que me has estado mintiendo todo el tiempo! (*Muy herida.*) ¡¿Por qué?!

ANTONIO: Porque te amaba. Porque te amo. (*Está abatido.*)

JULIA: ¡¿A mí?! ¡¿Me amas a mí?! ¡Tú amas a tu mujer! ¡A mí no! ¡En absoluto!

JULIA: No veo la relación.

ANTONIO: Pues conmigo pasa exactamente lo mismo. Dolores es una muchacha cálida, sincera, sin dobleces, verdaderamente encantadora, una amiga inapreciable. Por eso congenias tan extraordinariamente con ella. La conoces mejor que yo, de más tiempo, sabes que es cierto lo que digo de ella. Claro que tiene sus defectos, ¿quién no? Pero básicamente ambos la queremos porque es una muchacha excelente.

JULIA (*Irónica*): ¿La quieres, pues, como una amiga?

ANTONIO: Esa ironía, Julia, es indigna de ti.

JULIA: No; no lo es. Yo soy una mujer enamorada de un hombre, de un solo hombre. Quisiera ser amada en la misma forma. Yo, Antonio, creo en la exclusividad del amor. Lo que tú estás diciendo es... me parece una mentira muy grande. Y tú sabes que lo es.

ANTONIO (*Abatido*): ¿Lo sé?

JULIA (*Explotando*): ¡No se pude amar a dos gentes de la misma manera al mismo tiempo! (*Corrige su volumen.*) ¡Eso es imposible!

ANTONIO: No de la misma manera. ¿Quién dice de la misma manera?

JULIA: ¡Ay, bueno! No, claro; no *exactamente*. Eso, además de una monstruosidad, resultaría imposible, ¡gracias a Dios! ¡Pero tú me estás dando a entender que nos amas a las dos como tus mujeres, tus compañeras! Antonio, a mí eso me da un horror espantoso. Yo no quiero ser la segunda, ni la primera tampoco, ¡Quiero ser la única! ¿Te crees tú que se puede tener amores de repuesto, o qué?!

ANTONIO (*Calmado*): ¿Entonces no quieres que vea a nadie más, que no me relacione con nadie que seas tú? ¡Qué pretensión tan extraordinaria!

JULIA: No he dicho eso para nada.

ANTONIO: Eso es exactamente lo que acabas de decir. Dices que quieres ser la única. Nadie, nunca, somos los únicos en el mundo. Sólo pretendemos ser los únicos en nuestra categoría, no los únicos absolutos.

JULIA (*Después de una pausa rabiosa*): ¿Dolores y yo pertenecemos a categorías distintas en tu amor?

ANTONIO: Y dentro de cada una, cada una es la única.

JULIA: ¡Eso es ridículo!

ANTONIO: No sé qué tan ridículo sea, pero lo cierto es que ahí está, eso es lo que *honestamente* siento.

JULIA: Eso no puede ser. Ninguna mujer, Antonio, *ninguna* estará dispuesta a aceptar una cosa así. Dolores, ahora que ya lo sabe, tampoco lo acepta. Lo que acaba de hacer es la prueba.

ANTONIO: Insistes en que lo sabe.

JULIA (*Después de una pequeña pausa, decidida*): Yo se lo dije. (*Pausa.*)

ANTONIO: ¿Cuándo?

JULIA: Esta mañana.

ANTONIO (*Abatido*): Ah, ¿sí?

JULIA (*Digna*): Era mi deber de amiga. No seguirla engañan-

do, quiero decir. Porque aunque me dijiste que ya se lo habías dicho, nunca te lo creí.

ANTONIO: ¿Cómo lo tomó?

JULIA: Abrió unos ojos muy grandes y se puso a llorar. Luego me pidió que me fuera de sus casa. Yo por supuesto, ni me ofendí; la comprendí perfectamente. ¡Pero me sentía tan mal! Y después no tanto, porque pensé que al menos la situación se había aclarado y eso en sí era bastante bueno. Cuando me dijiste por teléfono que había intentado suicidarse, volví a sentirme mal y ya no pude decirte lo de la entrevista que tuve con ella. (*Pausa.*) No te voy a decir que no me sienta culpable ahora; pero de todas maneras me sigo alegrando de habérselo dicho. Ese es un peso que se me quitó de encima. (*De pronto temerosa.*) ¿Crees que soy una egoísta?

ANTONIO: Sí.

JULIA: ¡Ay, bueno, no me importa! ¡yo qué iba a saber lo de su esterilidad! Luego le pido perdón. (*Pausa.*) ¿Qué piensas hacer?

ANTONIO: ¿De qué?

JULIA (*Ríe*): ¡Antonio, tienes que decidirte por una de las dos!

ANTONIO: ¿Crees que, aunque me decidiera por ti, podría reunir el valor suficiente para abandonar a Dolores ahora? ¿Eh?

JULIA: Si de veras te decidieras por mí, sí. (*ANTONIO la mira interrogativamente.*) Porque si te decidieras por mí y aún entonces te quedaras con Dolores, sería un error gravísimo para los tres.

ANTONIO: ¿Ah, sí?

JULIA: ¿Qué no ves que te estarías quedando con ella sólo por compasión?

ANTONIO: No puedo negarte que la compasión exista, pero no es sólo eso.

JULIA (*Sufriendo*): Hay amor.

ANTONIO: Sí.

JULIA (*Después de mirarlo largamente, luchando con las lágrimas*): Entonces la que se va soy yo, Antonio. ¡Lo siento mucho! (*Está tomando de nuevo el impermeable.*)

ANTONIO (*Con la voz ahogada*): Me estás rompiendo el alma.

JULIA (*Lo mira, rabiosa, entre sus lágrimas*): ¡Antonio, no veo como pueda encajar yo en un cuadro tan armoniosamente conyugal... y tan desprovisto de niños! ¡Ay, no, perdóname, se me salió! ¡Qué mala empiezo a volverme!

ANTONIO: Te estás volviendo mala porque sabes que no se debe romper una relación tan extraordinaria como la nuestra. ¿Vas a preferir conseguirte un marido *para ti sola*, aunque no se quieran ni la mitad de lo que nos queremos tú y yo? Julia, tú eres una muchacha inteligente.

JULIA (*Llorando*): ¡No te voy a escuchar! ¡Ya no quiero escuchar una palabra más!

JULIA toma su paraguas y sale rápidamente, mientras Antonio le grita:



ANTONIO: ¡Eres una tonta! ¡Una estúpida! (La sigue hasta el pasillo.) ¡Te hablo por teléfono!

No hay respuesta y a poco vuelve a entrar ANTONIO terriblemente abatido. Mira por unos segundos la puerta cerrada del cuarto. Luego mira su impermeable; va a él y busca en las bolsas. Saca un sobre, lo ve a contraluz; vacila. Rompe una orilla y saca un pliego doblado. Extrañado lo huele de cerca y se asombra al encontrarlo perfumado. Un momento más de vacilación. Finalmente se saca el encendedor de la bolsa y le prende fuego sin leerlo. Lo deja sobre un cenicero y lo ve arder.

Con el ceño fruncido, se dirige a la puerta cerrada del cuarto y entra.

TELÓN.

CORAZÓN SUPLEMENTARIO

GENTE: GENARO y RODOLFO. Ambos tienen alrededor de los veintiséis años. Aunque de constitución física similar, RODOLFO da la impresión de ser más fuerte que GENARO y esto es tal vez sólo porque los dos lo piensan así.

TIEMPO: 1991.

LUGAR: Antesala de un cuarto de recuperación en un sanatorio lujoso.

Contra el marco de la puerta abierta que da al pasillo de acceso, se apoya RODOLFO con la mirada un tanto torva, clavada en la puerta entreabierta que da al cuarto.

Un momento de vacilación: no sabe si entrar directamente al cuarto o irse. Tal vez se esté resolviendo por esto último, cuando la puerta del cuarto se abre y vemos aparecer a GENARO.

GENARO no se da cuenta al principio de la presencia de RODOLFO, porque su preocupada atención sigue puesta en la persona que ocupa el cuarto de recuperación. Cuando está cerrando con cuidado tras sí, lo advierte y resulta claro que la presencia de RODOLFO le desagradaba profundamente, aunque hace serios esfuerzos por ocultarlo. Se da tiempo acabando de cerrar la puerta y luego, ya resuelto se enfrenta, hosco, a RODOLFO.

GENARO: ¿Qué vienes a hacer aquí?

RODOLFO (Se tarda un poco en contestar): No seas pendejo.

RODOLFO cruza con la intención de entrar al cuarto; pero GENARO se le pone enfrente.

GENARO (Rabioso): ¿Qué quieres?

RODOLFO: Verla. Quitate.

GENARO: ¿Qué le quieres ver? Está inconsciente.

RODOLFO (Haciéndolo a un lado): No te pregunté nada. (Abre la puerta del cuarto.)

GENARO (Amargo): Pásale.

RODOLFO desaparece dentro del cuarto dejando la puerta abierta. GENARO se mantiene a la expectativa. Pausa. GENARO, nervioso busca qué hacer, mientras sigue cuidando a un RODOLFO probablemente inmóvil dentro del cuarto.

RODOLFO aparece nuevamente, con lentitud, entornando tras sí la puerta del cuarto. Lo han abandonado la rabia y la decisión. Ahora está casi asustado.

RODOLFO (Murmura): Todos esos tubos...

GENARO (Impaciente por no escucharlo con claridad): ¿Qué?

RODOLFO (Elevando el volumen): Digo que todos esos tubos que tiene...

GENARO (Despectivo): Son dos nada más.

RODOLFO: ...da la impresión de que... se fuera a morir.

GENARO (Con dureza): Ya no. Cuando menos de este intento ya no.

RODOLFO (Lo mira con rencor): ¿Quién te crees, eh?

GENARO (Finge desconcierto): ¿De qué?

RODOLFO: Dándote esos aires de salvador del mundo conmigo. ¿Qué te estás creyendo, buey?

GENARO *le sostiene la mirada un par de segundos; luego le vuelve la espalda y va a apoyarse en el marco de la puerta de salida, mirando hacia afuera.*
RODOLFO *lo sigue mirando con furia por unos segundos; pero luego, sin saber qué más hacer, se busca cigarrillos en las bolsas. Saca una cajetilla vacía y un encendedor. Frustrado, arruga la cajetilla y la hecha a un cenicero. Se sienta, jugando con el encendedor, claramente impaciente.*

Después de un momento, GENARO se vuelve a mirarlo.

GENARO: ¿Qué te piensas quedar aquí mucho rato?

RODOLFO (*Furioso*): Ya estoy aquí; ya te puedes ir.

GENARO (*Ríe, sin poder creer lo que oye*): ¿Qué?

RODOLFO (*Gesto de "Lo que oíste"*).

GENARO (*Sarcástico*): ¿Vas a poder pagar la cuenta? (RODOLFO, *obstinado, mira en otra dirección.*) Es un lugar caro, ¿sabes?

RODOLFO (*Lo mira retadoramente*): Ya me las arreglaré; no es asunto tuyo.

GENARO: Yo diría que sí es asunto mío: Patricia todavía es mi mujer.

RODOLFO (*Sonríe*): No jodas. No es tu mujer; es mi mujer.

GENARO: El divorcio no se ha firmado.

RODOLFO (*Retador*): ¿Y qué carajos?

GENARO: Que mientras no se firme, Patricia legalmente sigue siendo mi mujer. Tengo el *derecho* y hasta la *obligación* legal de protegerla.

RODOLFO (*Levantándose*): ¿Quieres que te rompa la madre?

GENARO (*Sonriendo débilmente*): Querer, lo que se dice querer; no, gracias.

RODOLFO: Entonces pélate.

GENARO: El día de hoy te noto particularmente proclive al uso de la fuerza bruta.

RODOLFO: ¿Qué?

GENARO: Pero te advierto que no te va a servir de nada.

RODOLFO (*Sonrisa despectiva*): ¿Ah, no, pendejo? ¿lo quieres ver?

GENARO: No; no me refería a eso. Es posible y hasta muy probable que, de proponértelo, logres echarme de aquí. A lo que me refiero es a que no te iba a servir de nada, porque yo regresaría inmediatamente después acompañado de personal de vigilancia para que te echen a ti y no vuelvan a dejarte entrar.

RODOLFO (*Después de mirarlo un rato*): ¿Qué chingados quieres?

GENARO: Yo nada. ¿Qué chingados quieres tú? ¿Qué haces aquí?

RODOLFO: ¡¿Qué no entiendes las cosas?! Paty es mi mujer ahora; a ti ya te abandonó... para siempre. El divorcio se va a firmar la semana que entra. ¡No jodas!

GENARO (*Después de un momento*): Ya no.

RODOLFO: ¿Qué?

GENARO: Ya no me voy a divorciar de ella.

RODOLFO (*Lo mira estupefacto*): ¿Y qué ganas?

GENARO: Que no se case contigo.

RODOLFO (*Mueve la cabeza ante la irracionalidad de GENARO*): ¡Qué pendejo!

Pausa. GENARO saca una caja de cigarrillos de la bolsa y extrae uno, distraídamente.

RODOLFO (*Que ha visto la maniobra, por fin se decide*): Dame uno.

GENARO (*Sin darse cuenta*): ¿Qué?

RODOLFO (*Impaciente*): ¡Dame un pinche cigarro!

GENARO instintivamente está a punto de negárselo, pero se corrige y le echa el que había sacado para sí. Cada quien enciende su propio cigarro en silencio.

RODOLFO (*Haciendo acopio de control*): ¿Por qué antes sí y ahora no?

GENARO (*Sin entender*): ¿Qué?

RODOLFO: ¿Por qué antes sí le ibas a dar el divorcio para que se casara conmigo y ahora no? ¿A ti qué más te da con quién se case o no se case?

GENARO: No quiero que se case contigo; ya no.

RODOLFO (*Sonrisa despectiva*): ¿Tú vas a decidir con quién se va a casar cuando se divorcie de ti?

GENARO: No. Por eso no le voy a dar el divorcio.

RODOLFO: ¿Y crees que con eso va a regresar contigo, buey? ¡Estás pendejo!

GENARO (*Después de una pausa*): Yo espero que ahora se dé cuenta de lo que valgo y de lo poco que vales tú.

RODOLFO: Patricia está enamorada de mí, no mames. Aquí no es de quién vale y quién no vale. Patricia está enamorada de mí.

GENARO: ¿Y tú?

RODOLFO: ¿Qué?

GENARO: ¿Tú estás enamorado de ella?

RODOLFO: ¿Y por qué crees que estoy aquí?

GENARO: No sé. ¿Por qué estás aquí?

RODOLFO (*Después de mirarlo un rato, despectivo*): Tú qué sabes.

GENARO: No lo sé. ¿Qué tal si me lo dices?

RODOLFO (*Incómodo, mirando para otra parte*): Yo a esa mujer la tengo metida entre el hueso y la carne. ¡Entre el hueso y la carne! Allí, allí es donde la tengo yo. (*Lo ve con rabia.*) Y eso es más de lo que a ningún pendejo como tú le puede pasar con una mujer.

GENARO (*Bajo control*): ¿Y entonces?

RODOLFO: Y entonces ¿por qué chingados no dejas que se vaya? ¿A ti Patricia qué?

GENARO (*Igual*): No me refería a eso.

RODOLFO (*Desconcertado*): ¿Qué?

GENARO: Quise decir que, si la quieres como dices, ¿por qué le haces lo que le haces?

RODOLFO: ¿Qué le hago?



GENARO: No sé.

RODOLFO: ¿Entonces, buey?

GENARO: Algo tuviste que hacerle que la orillara a intentar el suicidio.

RODOLFO (*Enfurecido*): ¿Quién dice?

GENARO: Yo lo digo.

RODOLFO: Tú no sabes nada.

GENARO: Tuvo que haber intentado el suicidio por algo. *Alguien* tuvo que haberle hecho algo. Y obviamente ese *alguien* no fui yo.

RODOLFO (*Furioso*): ¡No te metas!; ¿me oíste? ¡No te metas en lo que ni entiendes ni te importa!

GENARO: No lo entenderé, pero sí me importa; Patricia es mi mujer.

RODOLFO (*Mirando para otro lado*): ¡Otra vez!

GENARO: No; no otra vez; no ha dejado de serlo.

RODOLFO, furioso y mudo, desvía la mirada.

GENARO lo observa.

RODOLFO (*Después de una pausa*): Oye, en buena onda, ¿por qué no te vas? ¿Qué sigues haciendo aquí? Y no es que no te agradezca...

GENARO (*Interrumpiéndolo*): ¿Y por qué no te vas tú, en buena onda? ¿Qué es lo que haces tú aquí?

RODOLFO: No en serio, buey; ¿qué es lo que piensas sacar con eso de seguir siendo legalmente el marido de Patricia, eh? Digo, ella te abandonó; ya son como cuatro meses que te abandonó. Es que no le funcionas. Ella misma te lo dijo, ¿no? No le funcionas.

GENARO: ¿Y tú sí le funcionas?

RODOLFO: ¡Ay, cuate! Te abandonó por mí, ¿no?

GENARO: Y acaba de intentar el suicidio. ¿Estás realmente seguro de funcionarle? Yo en tu lugar...

RODOLFO: Le funciono, le funciono; tú qué sabes.

GENARO: Mientras vivió conmigo nunca intentó suicidarse.

RODOLFO: Le aburrías, cabrón, en buena onda. ¡Le aburrías! Me lo dijo. Te encuentra soso.

GENARO (*Ocultando lo que esto le duele*): Soso y todo, es a mí a quien le habla por teléfono para decirme que ya no aguanta la vida. Que la vida es una porquería, que los hombres somos una porquería. Que yo soy la única persona que ha conocido que no es totalmente egoísta.

RODOLFO: ¡No es cierto, cabrón, no es cierto! ¡Son pinchos chismes que estás inventando! ¡Te voy a partir el hocico!

Sin poder contenerse, RODOLFO le da un empujón a GENARO. GENARO, una vez recobrado el equilibrio, lo mira casi con tranquilidad, sin intentar atacar alguno por su parte. RODOLFO se avergüenza de su actitud violenta; le vuelve la espalda.

RODOLFO: Tú no entiendes.

GENARO: ¿Qué es lo que no entiendo?

RODOLFO (*Pequeña vacilación*): No entiendes nada.

GENARO (*Sonriendo ligeramente*): ¿Así de amplio es el campo de mi incompreensión?

RODOLFO: Yo con lo tuyo no me meto; eso lo entenderás muy bien, no sé y no me importa.

GENARO: Gracias por no meterte con lo mío.

RODOLFO: Pero lo mío. Lo nuestro. Las cosas entre Paty y yo, ésas no las entiendes.

GENARO: Lo que sí entiendo perfectamente, es que de no haber estado yo en mi casa cuando llamó Patricia, estaría muerta en estos momentos.

RODOLFO (*Niega con la cabeza despectivamente*): Nooo.

GENARO: ¿En qué recóndita e incuestionable razón se basa esa aplastante negativa tuya?

RODOLFO (*Como amenazante advertencia*): ¡Te vas a ir a burlar de tu chingada madre, pendejo!

GENARO (*Después de una pequeña pausa*): Si no quieres que me burle de ti, trata de ser más... mhm... claro en la exposición de tu pensamiento.

RODOLFO: ¡Yo no tengo por qué andarte rindiendo a ti cuentas de nada! ¡No eres mi papá!

GENARO: ¡No, no! muy lejos de mí pretender tal cosa; pero con todo sigo siendo —y perdona la insistencia—, el marido legítimo de Patricia. Ante sus padres, ante la ley, ante la sociedad, sigo siendo responsable de lo que le ocurra. Resulta que recientemente ha estado viviendo contigo y que, de pronto, y quién sabe por qué, decide quitarse la vida. Es... *elemental* que tengo derecho a saber las razones de una decisión tan... poco clara.

RODOLFO (*Lo piensa un momento*): ¿Y yo qué sé? Eso pregúntaselo a ella.

GENARO: Tengo el propósito de hacerlo, desde luego; pero...

RODOLFO: Pero como ahorita no te puede contestar, pélate. Regresa mañana. Otro día. Que ella te hable por teléfono.

GENARO: Eso mismo te estoy diciendo yo a ti y con mucho más derecho; pero como no has querido irte, sugiero que seamos mínimamente sensatos y tratemos de explicarnos la situación lo mejor que se pueda.

RODOLFO (*Interrumpiéndolo*): Está bien, empieza.

GENARO (*Desconcertado*): ¿Qué?

RODOLFO: Empieza tú a explicar la situación.

GENARO: Pero eres tú el que la tiene que explicar.

RODOLFO: Entonces no digas "tratemos de explicarnos la situación".

GENARO: Valerme del plural de la primera persona, me pareció más adecuado que usar la segunda singular, dado tu actual estado de susceptibilidad extrema.

RODOLFO (*Intenta imitar su tono*): Pero no era lo correcto.

GENARO (*Lo mira con sonrisa forzosamente divertida*): Perdona, entonces. No pienso suplicarte de rodillas que me cuentes lo que pasó entre ustedes. Tienes razón, en realidad: no es asunto mío. Pero lo que sí te voy a decir es que en este sanatorio (*Consulta su reloj*), la hora de visita se termina dentro de veinticuatro minutos.

RODOLFO: ¿Eso quiere decir que todavía te tengo que aguantar veinticuatro minutos más?

GENARO: No; puedes irte antes si se te antoja. Es asunto tuyo.

RODOLFO (*Niega con la cabeza*): Te vas a ir tú.

GENARO: Ante tal estulticia, no es de sorprender que mi mujer haya optado por el suicidio. (*Pequeña pausa.*)

RODOLFO (*Como si lo hubiera estado pensando y ahora concluye*): No voy a dejar que te quedes aquí a velarla.

GENARO: ¿Y cómo lo vas a evitar, eh? Patricia está registrada aquí como señora Castaño. ¿Te podrías identificar tú como el señor Castaño cuando te denuncie?

Pausa.

RODOLFO (*Haciendo de tripas corazón*): ¿Qué quieres a cambio?

GENARO (*Lo piensa un momento*): ¿Qué pasó entre ustedes?

RODOLFO (*Nuevamente furioso*): ¿Quién te crees que eres? ¿Dios Padre?

GENARO: ¿Ya me subiste de categoría?

RODOLFO (*Desesperado*): ¡No sé, no sé qué pasó! ¡No sé!

GENARO: Baja la voz. (*Pausa, casi cariñoso.*) ¿Cómo que no sabes?

RODOLFO (*Acorralado*): ¿Qué más te dijo ella? ¡Tuvo que haberte dicho algo más!

GENARO: ¿Cómo no vas a saber qué fue lo que pasó?

RODOLFO: Tuvimos una discusión.

GENARO: ¿De qué discutieron?

RODOLFO: No sé; de todo; de nada. ¡Así son las discusiones de las parejas!

GENARO: ¿Cómo son?

RODOLFO: ¿Tú no lo sabes? ¿Nunca discutieron ustedes dos?

GENARO: ¿Discuten mucho Patricia y tú?

RODOLFO: ¿Muchas veces?

GENARO: Sí; a eso me refiero.



RODOLFO: Discutimos muchas veces. No sé por qué. No sé por qué discuten tanto dos gentes que se quieren como ella y yo. Lo hemos hablado. Ella dice que discutimos porque no podemos soportar querernos tanto como nos queremos. Pero luego, claro, nos reconciamos y eso es lo mejor; es como si... ¿Ustedes dos no...? No; no quiero saberlo, no me lo digas; no me interesa.

GENARO: Sí; discutíamos algunas veces. (*Pequeña pausa.*) Pero ella nunca intentó suicidarse después.

Pausa

RODOLFO (*Apesadumbrado*): ¿Dejó algo? ¿Alguna carta para mí?

GENARO: No; nada.

RODOLFO: ¿Estás seguro?

GENARO: No; no estoy seguro; no me puse a revisar el departamento.

RODOLFO: Yo sí. No supe nada hasta que vino la vecina a contármelo.

GENARO: Pues no; no tengo guardada ninguna carta reveladora para ti; así es que haz memoria.

RODOLFO: ¿De qué?

GENARO: De lo que se dijeron.

RODOLFO: No nos dijimos nada especial. Nada que no nos hubiéramos dicho en otras ocasiones.

GENARO (*Escéptico*): Y luego te fuiste... dando un portazo.

RODOLFO: No di ningún portazo.

GENARO: Era un decir. ¿Siempre te vas así después de una discusión con ella?

RODOLFO: A veces sí doy portazos.

GENARO: Pero esta vez no.

RODOLFO: No; esta vez no.

GENARO (*Riendo un poco*): ¿Habrá sido ése el detalle decisivo?

RODOLFO (*Ingenuo*): No; estoy seguro que en otras ocasiones ya me había ido así; silenciosamente.

GENARO: ¿Como si la estuvieras abandonando?

RODOLFO: No la estaba abandonando. No pude haberlo hecho como si la estuviera abandonando, porque no la estaba abandonando. ¿Satisfecho?

GENARO: ¿Nunca te cruzó por la mente el deseo de abandonarla?

RODOLFO (*Enojado*): No. Ya te dije lo que Patricia significa para mí.

GENARO: Está bien; no tienes por qué enojarte. A todos nos pasa por la mente alguna vez el deseo de abandonar a quien más queremos. Es natural. No es ningún delito, ¿sabes?

RODOLFO: Pues a mí no.

GENARO: A mí sí, muchas veces. Patricia puede ser muy exasperante de pronto.

RODOLFO: ¿Y quién te obliga a aguantarla? Concédeme el divorcio y líbrate de ella para siempre.

GENARO: Lo haría, lo haría. Estuve a punto de hacerlo.

RODOLFO (*Esperanzado*): ¿Quién te lo impide?

GENARO: Tú.

RODOLFO (*Después de un momento*): Si renunciara a casarme con ella, ¿le darías el divorcio?

GENARO: No.

RODOLFO (*Exasperado*): ¿Entonces qué?, carajo!

GENARO: Entonces no tendría caso. Ella quiere el divorcio para casarse contigo; si no ¿para qué querría divorciarse?

RODOLFO: ¿Para librarse de ti, ¿no lo entiendes?

GENARO: Lo entiendo; pero no es verdad.

RODOLFO: Pues más vale que lo vayas aceptando, porque para Patricia eso es lo único que cuenta.

Pausa.

GENARO (*Sacando cigarros*): No lo creo. ¿Quieres otro cigarro?

RODOLFO: No.

GENARO: Yo tampoco debería estar fumando tanto. (*Pero enciende su cigarrillo.*) Puede ser que me engañe. Es incluso muy probable que me engañe; todos tenemos esa tendencia; pero casi podría asegurar que no soy un marido conflictivo.

RODOLFO: Eres un marido tedioso y eso es peor.

GENARO: Está bien, vamos a suponer que lo sea; con todo, te llevo ventaja. Como marido, quiero decir; no como amante.

RODOLFO (*Divertido con lo que oye*): ¿Qué estás diciendo?

GENARO: Un marido no tiene por qué ser divertido... Un marido tiene que ser alguien seguro, confiable y... comprensivo, ¿por qué no?

RODOLFO (*Lo mira un momento entrecerrando los ojos*): Ahora me vas a salir con que al no concederle el divorcio a Paty, hasta nos estás haciendo un favor.

GENARO: No sé si a ti. En este asunto, el único que no me importa para nada eres tú.

RODOLFO (*Sonriendo con sorna*): ¿Entonces? ¿Estás dispuesto a autorizar mis relaciones sexuales con tu esposa?

GENARO: No las autorizo; nunca las he autorizado. Pero es evidente que mi desautorización no ha tenido el menor efecto. No se trata de eso, sin embargo.

RODOLFO: ¿De qué?

GENARO: Se trata simplemente, como ya te lo he dicho, de evitar que Patricia cometa el gravísimo error de casarse contigo.

RODOLFO: Ella quiere cometer ese gravísimo error.

GENARO: Ya lo sé. ¿Tú no?

RODOLFO: Naturalmente que sí.

GENARO: ¿Por qué naturalmente? ¿Qué hay de natural en eso?

RODOLFO (*Serio, casi solemne*): Un hombre quiere casarse con la mujer que ama. Es natural, ¿no?

GENARO: No lo es.

RODOLFO (*Ríe*): ¿Cómo que no?

GENARO: Hacer bien el amor y hacer un buen matrimonio, son dos cosas totalmente distintas. Dos logros a niveles diferentes. Un campeón de ajedrez no tiene por qué convertirse automáticamente en campeón de cualquier otra disciplina: el tenis, por ejemplo.

RODOLFO: Ninguna mujer te va a aceptar esa teoría.

GENARO: Ya sé que no. (*Pequeña pausa.*) ¿La aceptas tú? (RODOLFO *calla, desconfiado.*) Mi fracaso como amante de Patricia ha resultado por demás evidente. Lo fue desde el principio; desde antes que Patricia te encontrara. ¿Crees que no estoy perfectamente consciente de que Patricia no me ha dejado por ti, sino por mí mismo? Cuando nos presentó en aquella reunión, sin que nadie tuviera que decirme que eras su amante, yo lo supe y, sinceramente, no me sorprendió. Me dolió, es claro, pero no me sorprendió. Te lo dije, ¿no? Esa misma noche te lo dije.

RODOLFO (*Ríe*): El sorprendido fui yo.

GENARO (*Sonriendo*): Te lo dije para sorprenderte.

RODOLFO: ¿Con qué propósito?

GENARO (*Pequeña pausa*): No lo sé... para estar seguro. Como una débil venganza también, supongo. Pero lo que quería decirte es que todo el tiempo, después, he estado pensando que mi fracaso con Patricia había sido total. Como amante y como marido. Entonces no advertía la diferencia. Ninguno de los tres la advertíamos.

RODOLFO: Porque a la mejor no existe.

GENARO: Existe; pero no me di cuenta hasta hoy por la mañana, cuando Patricia me habló por teléfono. Si Patricia acude a mí cuando tú le fallas...

RODOLFO: Yo no le fallé.

GENARO: Lo que haya sido, acudió a mí. Y si acudió a mí, es porque me necesita de alguna manera. No como amante, es claro... no como amante. Acudió al marido.

RODOLFO: Cuando ella y yo nos hayamos casado, ya no acudiré a ti.

GENARO: No; estoy de acuerdo. Y entonces morirá.

RODOLFO: ¿Por qué?

GENARO: Porque hoy, de no haberme tenido a mí, habría

muerto. Tú, dominado por la pasión, habrías regresado al departamento demasiado tarde.

RODOLFO (*Hosco*): La pasión sí puede llevarnos muy fácilmente a la muerte. ¿Pero cómo poder vivir sin la pasión?

GENARO: Yo me las he arreglado para vivir sin ella. Patricia y tú no.

RODOLFO: No; no podríamos.

GENARO: Pero la pasión cansa. Se va agotando y nos va agotando. Desaparece.

RODOLFO (*Lo ve con horror*): Hablas como un viejo.

GENARÓ (*Amargo*): Sí; supongo que sí.

RODOLFO (*Después de pensarlo un poco*): Me das asco.

GENARO: Es comprensible.

RODOLFO (*Lo mira agresivamente*): ¿Y entonces?

GENARO: ¿Qué?

RODOLFO: ¿Para qué me estás diciendo todo esto?

GENARO: No sé para qué. Es bastante inútil.

RODOLFO (*Sonriendo, sarcástico*): ¿Querías que te felicitara por tus brillantes ideas, buey? (*Ríe un poco.*)

GENARO: Me habría conformado con que las entendieras. (*Pausa.*) Que entendieras por qué, hoy, he decidido no darle el divorcio a Patricia.

RODOLFO: ¿Y crees, de veras, que te lo va a agradecer, pendejo?

GENARO: No creo nada. No sé nada de lo que pueda pasar en el futuro. (*Abatido.*) Seguirá viviendo contigo, supongo, por algún tiempo.

RODOLFO (*Interrumpiendo*): ¿Y qué si tenemos hijos?

GENARO (*Después de un suspiro de cansancio*): Si cometes el error de dejarla que tenga un hijo tuyo, vas a precipitar el fin de la relación entre ustedes dos.

RODOLFO *lo ve con severidad por algún tiempo, sin realmente tener la atención puesta en él.*

GENARO (*Finalmente*): ¿Qué?

RODOLFO: Está embarazada.

GENARO (*Después de una pausa*): Claro.

RODOLFO (*Fuera de sí*): ¿Por qué claro? ¿Por qué claro, pendejo? ¿Por qué claro?

GENARO: ¿Y por qué te enojas?

RODOLFO: Ya Patricia me lo había advertido. Es insoportable, me dijo; todo lo ve desde su altura, *todo*. ¡Pero óyeme una cosa, puto cabrón!: ¡si piensas que te vas a meter entre nosotros dos... si lo piensas... si lo intentas... te voy a matar!

GENARO, *muy pálido, lo mira sin responder.*
RODOLFO *al no recibir respuesta por parte de GENARO, lucha en contra de las ganas de golpearlo y sale, finalmente, con violencia, hacia el cuarto donde se encuentra la convalesciente. Después de una pausa,*
RODOLFO, *más calmado, vuelve a salir del cuarto de recuperación.*

RODOLFO: Dame un cigarro.

GENARO *saca, con cierta renuencia, la caja de cigarrillos y la arroja sobre el sillón. RODOLFO toma la caja, saca un cigarro, lo enciende y le arroja nuevamente la caja a GENARO. Éste no se mueve para tomarla y espera todavía un momento antes de decirle:*

GENARO: ¿Sabes que, legalmente, ese niño es mío? (RODOLFO *no contesta, pero es obvio que sí lo sabe.*) No es que me interese robarle los hijos a nadie; a mí me habría gustado ser el verdadero padre de ese niño, pero dentro de mis escasas facultades, no figura la de abolir leyes en este país.

RODOLFO: Concédeme el divorcio a Patricia. (*Casi podría decirse que está suplicando.*)

GENARO (*Muy suave*): ¿Qué no has entendido nada?

RODOLFO: ¿Tú qué sabes?, ¿tú que sabes cómo vamos a funcionar conyugalmente Patricia y yo? ¿Eh? ¿Eres tan sabio que puedes predecir el futuro?

GENARO (*Lo mira un momento, ve su reloj*): Se acabó el tiempo de las visitas.

RODOLFO (*Abatido*): Ésa fue la causa del pleito entre Patricia y yo, por si sigues interesado en saberlo.

GENARO (*Ocultando su sobresalto*): ¿Qué?

RODOLFO: Yo quería que abortara. Lo sigo queriendo.

GENARO: ¿Para que tu hijo no lleve mi nombre?

RODOLFO: Exactamente.

GENARO (*Muy pálido*): ¿Y ella no quiere abortar?

RODOLFO: No.

Pausa

GENARO: Lo siento mucho. Con todo, no pienso darle el divorcio.

Frustrado, impotente, RODOLFO aplasta su cigarrillo en el cenicero. Se queda un momento viendo el vacío y dice finalmente, muy bajo, casi para sí mismo y al borde del llanto:

RODOLFO: ¡Chinga a tu madre!

Se dirige a la puerta de salida y se va. GENARO lo mira salir y luego, sintiéndose profundamente deprimido, va hasta el cuarto, se detiene sin cruzar el quicio de la puerta y mira hacia la cama que está fuera de la vista del público.

GENARO (*Como quien le habla a una niña*): ¡Paty, Paty, por Dios! (*Y comienza a llorar.*)

TELÓN. ♦